

En esta novela las palabras son como balazos y los sentimientos rasgan el papel como un sarpullido. La prosa de Claudio Cerdán tiene el escepticismo heredero de Hammett sazonado por la crueldad y en ocasiones, por el puro esperpento. Pero por más que la hipérbole se haga presente en el libro, todos somos capaces de reconocer el trasfondo social que subyace y que nos salpica continuamente como el ácido: Alicante, lejos de ser un oasis de ocio y esparcimiento, es el escenario en el que el río subterráneo del crimen y la corrupción nunca cesa de recorrer sus entrañas.

No caben medias tintas: o te apasionas con la historia y su devenir de personajes dislocados o la rechazas por dura y cortante. Pero nadie puede negar que las páginas que siguen son puro *thriller* en su esencia; así es cómo el autor ha querido contemplar las pasiones humanas de este policía y sus compañeros de aventuras, seres siempre esclavos de sus obsesiones y de sus frustraciones, muchas veces brutales. En el espejo deformado de la realidad en que se miran y respiran, *Cien años de perdón* nos impacta como un puñetazo en el estómago porque, al fin y al cabo, no dejamos de reconocernos en ella. Queda avisado, lector.

Vicente Garrido Genovés,
director de la colección *OffVersatil Thriller*.

«Lo que más deseaba, en realidad, era ser un buen policía.

Nadie pensaría que ello pudiera ser tan difícil.»

Peter Maas, *Serpico*.

«Los errores cometidos por ignorancia con honrado propósito jamás serán de tan fatales consecuencias para el bien público como las prácticas de un hombre inclinado a la corrupción y de grandes aptitudes para conducir y multiplicar y defender sus corrupciones.»

Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver*.

«—¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—Ocho años. Me he despertado cada mañana con una pistola en la boca.»

Warren Ellis, *Camino Tortuoso*.

6:48:8

Hay peores formas de morir. El ser humano se ha especializado en joder al prójimo de cualquier manera imaginable: envenenamiento lento por cianuro, ardiendo a lo bonzo, un tiro en el estómago, vomitando bilis y sangre al final de un cáncer, o la tortura aquella china de la gotita de agua. En cualquier caso, siempre habrá una forma peor de morir que ser atropellado por mi coche.

Detengo el vehículo y me enciendo un cigarro. Hay algo raro dentro de mí, porque decido bajar y mirar el cadáver en lugar de seguir la marcha. Me digo que es la edad, que me estoy volviendo blando. Después pienso que tal vez siga vivo y rematarlo no me parece mala opción. Tengo mi pistola reglamentaria en el costado. Para eso está la policía: para acabar con el sufrimiento de esta sociedad decadente.

Bajo del coche. Un camión pasa a toda pastilla por mi lado. No encuentro rastro de sangre, ni siquiera un cuerpo. Avanzo unos pasos. A un lado veo algo que se mueve, que se arrastra. Me acuclillo y saco el fusco. Lo toco con el cañón. Está vivo. Me mira con ojos oscuros y cansados, pero está vivo.

El gorrión intenta aletear. Cuando chocó contra mi parabrisas hizo un ruido acolchado y salió despedido hacia arriba. ¡Pop! Una pelota de tenis rematada por un Rafa Nadal con almorranas. En *Barrio Sésamo* llamaban a esto «una buena hostia».

Abre el pico pero no emite sonido. Quiere vivir.

—Deberías haber pensado eso antes de suicidarte, amigo.

Hay peores formas de morir que encontrarse conmigo, aunque ahora no se me ocurre ninguna. Busco una piedra para acabar con el sufrimiento de la criatura, pero entonces algo cambia. Su mirada se hace dura. Puede que sea

mi propia imaginación. Estoy seguro de que se trata de eso, pero me gusta ese cambio de ánimo. Ahora el gorrión moribundo desea matarme. Quiere morir matando. No se va a rendir, estoy convencido. Es un guerrero mediocre, pero en el fondo quiere luchar.

—Esta será mi primera buena acción desde 1994 —digo antes de lanzarle humo a la cara.

Lo agarro con la mano y me lo echo al bolsillo. El puto bicho pelea, me pica con las pocas fuerzas que le quedan, intenta aletear. Ahora es mi prisionero. No sabe que su asesino está intentando salvarle la vida.

Me termino el cigarro mirando la ciudad. Algún poeta borracho podría asegurar que la Avenida de Elche es un ejemplo de travesía idílica. Es la carretera que une Alicante con la Vega Baja. Desde ella alcanzas el aeropuerto de El Altet, zonas costeras como Los Arenales del Sol e incluso los estudios de cine de La Ciudad de la Luz. Transcurre paralela al mar, con dos carriles para dar fluidez al tráfico y las omnipresentes palmeras alegrando la vista del turista ocasional.

Pero, como todo en esta ciudad, está renegrido hasta la médula.

El asfalto luce destrozado, las calas son el vivo reflejo de un estercolero, y en cada palmera acecha una puta dispuesta a succionarte el alma «por solo veinte euros, mi vida, por diez más te dejo tocarme las tetas». Desde Federico Mayo hasta Óscar Esplá surge el más variopinto *self-service* de la prostitución: universitarias tan mezcladas con heroinómanas que ya ni se distinguen las unas de las otras, subsaharianas sin clítoris pero con cicatrices tribales en el rostro, rumanas que solo saben decir tres palabras y ninguna de ellas es para dar las gracias, el Genaro convertido en la mimetización perfecta de la mujer, trave- los ominosos, gordos y esperpénticos vestidos como musas de cabaret, diosas pervertidas del exceso, de lo barroco, de la vulgaridad extrema. Fauna de callejón nocturno, de parque infantil alfombrado de jeringuillas, náufragos que olvidaron hasta su verdadero nombre y que un día

terminarán por fundirse con la suciedad de las aceras, desapareciendo para siempre de un mundo en el que nadie les echará en falta porque otro heredará su esquina, sus clientes y su olor. El ciclo darwiniano recomponiéndose de las ruinas de lo que algunos se apresuran a llamar «vida» y otros denominamos «porquería».

Y entre la maraña de desechos y venas picadas, veo a Nelson Chávez: diecinueve años, vida de mierda, tan delgado que incluso su propia sombra hace más bulto que él; pulso de anciano, lóbulo frontal cocido; en su tabique nasal hay suficiente pegamento para engrasar un submarino.

Son casi las siete de la mañana y no hay tráfico, pero tengo que esperar un rato para cruzar los cuatro carriles. Los vehículos pasan a toda prisa levantando ráfagas de aire. Unos críos que se retiran le lanzan un bote de refresco al Genaro, que les desea un feliz cáncer de escroto a cada uno. La juventud actual no sabe tratar a las mujeres. Cuando por fin llego a la otra acera, nunca mejor dicho, el Nelsinho me espera con pupilas dilatadas. Todos me conocen y saben que correr no soluciona nada.

—¿Qué tal, Chavito? —le aprieto la colleja y baja la cabeza.

—Señor Ramos, yo no he hecho nada.

—No me jodas, Chavito, no me jodas —le suelto de golpe y casi se cae de morros—. ¿Qué haces aquí, desgraciado?

—Nada, se lo juro.

—A mí no me jures que te parto la cara. ¿Qué? ¿Sigues pasando mierda? ¿Qué es ahora? ¿Polvo? ¿Jaco?

—Iba camino de mi casa, se lo ju... bueno, eso, que es verdad.

—Yo decido lo que es la verdad y lo que no. ¿Quieres saber lo que es la verdad? La verdad es lo que a mí me apeetece escuchar en cada momento. Así que a ver si aciertas ahora, porque como tenga que meter las manos en tus bolsillos roñosos de yonqui, de aquí vas al hospital.

—Deja al chico, ¡por Dios! —grita el Genaro, a una prudencial distancia.

—No nombres a Dios con esa boca de chupar rabos,

guapa —le guiño un ojo y me giro de nuevo hacia Nelson—. Y tú, ¿me has entendido? ¿Sabes de qué hablo?

El chaval se derrumba. Un moco acuoso le cae desde la punta de la nariz y se lo seca con el antebrazo. Intenta tocarme pero le aparto la mano de golpe. La mandíbula le baila con movimientos espasmódicos. Se rebusca en el pantalón y saca una bolsa con rulas.

—No es mía, señor Ramos. No me haga nada, por favor. Si me la quita, me matarán.

Le golpeo en la cara con la mano abierta. El Genaro protesta desde la lejanía. Chávez cae al suelo de culo.

—¿Te parece bonito? —pregunto—. Vendiendo droga toda la noche. Eres un pedazo de mamón. Te dije que si te volvía a pillar te entrullaba.

—No, por favor...

—Te voy a contar lo que vamos a hacer: me vas a acompañar a la central y te voy a empapelar. Trafico de droga, menudeo, proxenetismo... lo que se me ocurra.

—Señor Ramos...

—Esos cargos son gordos. Prisión preventiva, chaval. Pero como soy un tío generoso, a las pocas horas te soltaré, ¿entiendes lo que digo? —Pausa dramática—. La peña pensará, joder, el Nelsinho ha cantado, ha hecho un trato con la policía para que no le manden al maco, el Chávez se ha ido de la lengua, es un confite, un chivato.

—Por lo que más quiera, señor Ramos...

—Ni señor Ramos ni pollas. No volverán a confiar en ti. Te mirarán raro. Y la próxima vez que te vea, te sonreiré, te daré una palmadita en la espalda y hasta un fajo de billetes. Delante de todo el mundo. ¿Quieres eso? —el crío se pone a llorar y niega con la cabeza—. Entonces dime para quién trabajas y me iré haciendo el paripé, ¿vale? Y aquí paz y después gloria.

Se limpia una nueva mucosidad, aunque llamarlo «limpiar» es exagerado. En realidad se restriega la napia contra el pantalón dejando un reguero de baba de caracol. Nelson Chávez asiente, levanta la vista y susurra:

—Farlopero López.

Sonrío.

—Buen chico, Nelsinho. Buen chico.

—¿Me puedo ir ya?

Le cruzo la cara con una nueva bofetada. Lo agarro por la pechera y lo levanto a pulso. Manos contra el muro, piernas separadas, registro minucioso. Lleva un puñado de billetes arrugados en un monedero de plástico.

—Vamos, Nelsinho —digo—. Disimula mejor, pedazo de imbécil. ¿O quieres que todas estas nobles ciudadanas sospechen de lo que hemos hablado?

Le meto un empujón que lo clava contra la pared del viejo almacén abandonado. Entonces se dedica a insultarme en voz alta. Buen muchacho: tal vez no tenga los sesos tan derretidos.

—Hoy es tu día de suerte, Chavito —grito para que todos me oigan—. Me llevo esto como prueba —agito las pastillas y la pasta en alto—. La próxima vez que te vea vendiendo mierda, despídete de tu culo porque te lo van a reventar en Foncalent.

Cruzo de nuevo la calle y subo al coche. El Genaro se acerca a consolar a Nelson, pero este aparta sus uñas esmaltadas con un brusco movimiento. Definitivamente, los chavales de hoy en día no saben cómo tratar a las mujeres de verdad.

9:07

—¿Quiere que le hable de mi infancia?

—¿Quiere hacerlo?

—No —contesto acariciando al gorrión que dormita en el bolsillo de mi chaqueta—. En realidad no hay mucho que contar, pero suponía que todos los loqueros empezaban por lo mismo.

—Es posible, pero este loquero es diferente.

—Tal vez el que esté loco sea usted.

El doctor Cortés me observa tras la barba. Es un tipo de porte elegante que viste traje y corbata. Jefe del Psiquiátrico, amigo íntimo del alcalde, sin aspiraciones políticas

conocidas. Tiene el entrecejo depilado y una manicura excelsa, con una alianza dorada en su mano izquierda que le ata al recuerdo de su viudedad.

—Esto no es una competición, señor Ramos —apunta algo en su informe con una estilográfica clásica—. Mi objetivo no es juzgar a nadie, sino evaluar. El Cuerpo Nacional de Policía me ha contratado para hacer un trabajo y confío en que obtendré su total colaboración. Aunque, si lo prefiere, puede tumbarse en el diván y contarme que a los diez años su abuela le metía desnudo en el gallinero para que las aves le picoteasen el culo.

Sonrío. No puedo evitarlo.

—Me cae bien, doctor Cortés.

—Llámeme Álvaro, por favor. Lo habitual es que nos tuteemos, pero si se siente más cómodo tratándome de usted, lo dejamos estar.

El despacho está decorado con un gusto aséptico. Es tan neutro que no puedes evitar sentirte en pelotas. Incluso la vista de la ventana es vacía y lejana, de tal forma que el gris se amolda a cada rincón del cuarto. Un reloj en la pared destaca entre una maraña de diplomas dispuestos irregularmente con el fin de impresionar a unos pacientes ya de por sí intimidados. Cualquiera pensaría que el doctor Cortés posee decenas de títulos, aunque la mayoría son de cursillos diversos.

—En su dossier observo que estudió Filología —indica—. Una curiosa carrera para un policía, tal vez incluso antagónica. ¿No se siente frustrado por no haberla ejercido?

—Me frustra que pierda el Real Madrid. La Filología solo me sirve para escribir informes sin faltas ortográficas.

Cortés asiente despacio. Tal vez piense que soy una persona profunda con un trabajo barriobajero, o una persona ilustrada en un mundo de sordidez. Tal vez piense que somos iguales.

—Tengo un amigo sociólogo, ¿sabe? —continúo—. Dice que no debería llamarle «doctor», que los psicólogos practican el intrusismo en su trabajo y que el colmo es que les elevemos al estatus de médico sin serlo.

—Como estudioso de la sociedad, sospecho que no comprende ni su propia disciplina. Dígame de mi parte que yo soy psiquiatra. De todas maneras esta vida es para los luchadores, ¿no le parece?

Pienso en el gorrión. Debería ponerle nombre.

—Luchar no sirve de nada si no vas a ganar.

—¿Se siente un ganador?

—Por supuesto. De lo contrario significaría que soy un perdedor.

—¿Se encuentra con muchos perdedores en el día a día de su trabajo?

Álvaro Cortés apoya los codos en la mesa de despacho. Yo me recuesto en la silla. Tal vez lo de tumbarse en el diván no es tan mala idea.

—Soy policía, doctor. Cada día me encuentro con personas que estarían mejor muertas.

—¿Las mataría?

—Me lo piden a gritos. Cada yonqui que veo con una hipodérmica clavada en los genitales está suplicando al mundo que se lo lleve. ¿Y sabe qué? Yo no puedo hacer nada porque no es mi trabajo. Algunos compañeros dan dinero a las putas para que los de Servicios Sociales no les quiten a sus hijos bastardos, pero al final soy yo el que tiene que identificarlas en una bolsa porque algún capullo decidió que sería más barato clavarle un destornillador en el cuello que pagar su tarifa de mierda. Así que no, no los mataría, porque cada día que pasa mueren un poco más y yo estoy harto de ver fiambres con las retinas carcomidas por las liendres.

El doctor rasca de nuevo el papel con la punta de la pluma. El silencio es tan absoluto que me parece escuchar como rayan un vinilo de The Beatles.

—¿Estoy suspendido?

—En absoluto —dice sin mirarme—. Aunque, cuando le he preguntado si estaba rodeado de perdedores en su trabajo, me refería a sus compañeros.

—Una pregunta trampa, ¿eh? De todas formas, debería contestarla usted, doctor, ya que está tratando a toda la plantilla.

—Mi opinión no es relevante en este momento. Me debo a la confidencialidad con mis pacientes.

—¿Confidencialidad? Pero si está anotando las respuestas para dárselas al comisario.

Me observa con ojos duros. Da golpecitos en la mesa con la estilográfica.

—En ese caso —continúa—, debo confesarle que algunos de sus colegas necesitarán tratamiento e incluso alguna jubilación anticipada. Otros directamente son adictos a las drogas. Dicen que están sometidos a mucha presión en su trabajo, y no todos son capaces de soportarla. Así que, dígame, inspector Ramos, ¿se siente bajo presión en algún momento?

Rebusco en el bolsillo de la americana y extraigo un Camel. Cortés asiente con la cabeza y me señala un cenicero sobre el escritorio. Enciendo el cigarro y me levanto. El gorrión se agita.

—Sé de qué va todo esto, doctor. No soy tan ingenuo. Trabajo en Homicidios, tengo mucha responsabilidad sobre los hombros. No ya con la víctima, sino con sus familiares. Uno de mis primeros casos trató de una adolescente embarazada que pescaron en Barajas cuando intentaba pasar varias bolas de coca en el estómago. Una de ellas se le reventó dentro y la mató. Los de Emergencias consiguieron salvar al niño, pero le faltó oxígeno en el parto y hoy es un vegetal de trece años. —Echo una calada profunda y exhalo el humo por la nariz—. En aquella época yo trabajaba en Narcóticos en Madrid y nos dieron el caso. Cuando llegó el momento de enfrentarnos a los padres fue lo peor. La chica era su única hija, muy buscada durante años, y la creían una santa. Para ellos fue toda una revelación que su niña fuera una culera. Incluso les había ocultado su embarazo. Y, se lo juro, cuando me puse cara a cara con aquella familia destrozada, vi en sus ojos que necesitaban un abrazo. Por desgracia, soy policía y no quedó más remedio que interrogarlos a fondo. Incluso tuvimos el cuerpo casi cuatro días para hacerle la autopsia. Tuve que ir al entierro para comprobar que no acudían asociados conocidos. En-

tonces el padre de la chica se aproximó a mi posición, me puso las manos en los hombros y me dijo: «ha hecho todo lo que ha podido, se lo agradezco».

El pitillo me sabe a asfalto. Lo apago y me siento de nuevo ante el doctor.

—Pero no es cierto, ¿sabe? Es todo una farsa. Cuando yo llegué, la muchacha ya estaba muerta y su hijo tenía daños cerebrales. Nunca supimos para quién iba el material. Los culpables quedaron libres, y, lo más cachondo, la droga desapareció del almacén de pruebas. Y así terminó todo. Me dieron nuevos casos y esa chica quedó olvidada entre los expedientes.

—Pero usted la recuerda.

—Me llamó la atención, eso es todo. Esa familia necesitaba un abrazo, pero mi trabajo no es repartir consuelo. La gente piensa que somos como los policías de la tele, que dejamos de lado nuestra vida familiar por resolver un caso, que hacemos horas extra incluso en festivo. Pero no, la realidad es muy diferente. Somos pocos en la Judicial y no podemos involucrarnos en un caso porque cada día tenemos cinco nuevos. Cuando te has aprendido el nombre de una víctima te llega otro asesinato. Y si un caso no se resuelve a los pocos días, se archiva y hasta otra. —Me inclino sobre la mesa—. Así que sí, trabajo con mucha presión. Presión de los jefes, que lo quieren todo resuelto sin demasiados líos. Presión de los familiares, que esperan una justicia que pocas veces llega. Por eso siento mucho si hablo con esta frialdad de las putas, los yonquis o los capullos de mis compañeros que no saben ni atarse los zapatos. Lo siento. Es la única forma de no volverme loco, de mantener a raya toda la mierda que nos rodea. Creo que los psiquiatras lo llamáis «bloqueos» o algo por el estilo. Puede que retraer la realidad como si no existiera no sea lo más cuerdo, pero créame cuando le digo que es necesario.

Cortés me evalúa en silencio. Tiene la mirada cansada, como si lo que le he dicho lo hubiera oído cientos de veces con anterioridad. Es entonces cuando sopeso la carga de mis palabras.

—Lo lamento, no debería haberle hablado así —digo.

—Creo que está a la defensiva —asiente—. No le hace ninguna gracia permanecer aquí y lo comprendo. Otros policías opinan lo mismo que usted, que mientras estamos hablando los violadores se dedican a cometer fechorías, aunque en realidad solo desean volver al bar y tomarse otro *gin-tonic*.

—Es... no sé, como si de repente me acusaran de algo que no he hecho. De verdad, espero que no repercuta en su informe.

—Puede estar tranquilo. Ser interrogado no es agradable. Pero esto no es un interrogatorio, sino una charla amigable. Sé que es un hombre recto, honrado y cabal, inspector Ramos. Solo tiene que demostrármelo.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

—De momento, nada. Considero prudente tener una segunda sesión con usted. Así que, si le parece bien, nos veremos de nuevo pasado mañana.

—Se lo agradezco, doctor. Prometo venir con otro estado de ánimo.

—La vida se divide en luchadores y perdedores, inspector Ramos —escribe algo en el papel—. Cuando salga, pida una cita con mi secretaria.

Me levanto y me ajusto la americana.

—Es usted un buen hombre, doctor.

10:23

Nº de atestado: 12.873-09.

Diligencias de prevención instruidas por los agentes con número de identificación profesional P-59 y P-23, adscritos a la Unidad de la Policía Judicial en calidad de Instructor y Secretario, respectivamente, hacen constar.

La víctima: Susana del Val Ochoa. 35 años. Enfermera. Dos hijos. Aseginada por su pareja a las 4.35. El marido: José Ripoll Escudé. 37 años. Camionero. Antecedentes por venta de droga. Separados desde abril. Orden de alejamiento de 1.50 metros. Aún compartían el domicilio conyugal. El hijo mayor, de 14 años, escuchó ruidos en el dormitorio. Cuando

entró, su padre machacaba la cabeza de Susana con una lamparita de noche que está de oferta en el Ikea.

J. R. E. pasa a disposición judicial. Antes de ir a prisión pasa por la enfermería porque el muy imbécil se golpeó un dedo con la lámpara. Los críos se quedan con la abuela materna. Los agentes incautan: varios gramos de cocaína, una esclava con la cruz gamada, una lamparita manchada de sangre usada como objeto contundente. Casa precintada hasta nueva orden.

Todo pasa a disposición judicial. Caso cerrado.

Nº de atestado: 12.877-09.

Diligencias de prevención instruidas por los agentes con número de identificación profesionales P-59 y P-23...

Una violación que se fue de las manos. La víctima, sin identificar. Mujer de rasgos sudamericanos, 1.67 metros, uñas esmaltadas de negro. Encontrada a las 7.37 en un solar de la calle Rubens. Un obrero de la empresa Reina Edificaciones entraba a trabajar con el fin de comprobar los cimientos colocados el día anterior cuando encontró a la chica desnuda de cintura para abajo.

Desplazados los agentes P-59 y P-23 precintaron la zona y comprobaron que: la víctima sangraba por el recto, tenía la cara destrozada a golpes y una media atada a las muñecas. Interrogados los vecinos, ninguno oyó ni vio nada. Desplazado el juez Morales, ordena levantar acta y cadáver.

Autopsia practicada por el forense Luis Dólera. Sin sorpresas: agresión sexual, magulladuras en las muñecas, traumatismo craneoencefálico severo como posible causa de la muerte. Hora del óbito: 3.45 a 4.45.

Todo pasa a disposición judicial. Caso abierto.

Nº de atestado...

Levanto la vista de los informes. El gorrión se agita en su nuevo hogar. Hablé con Felipe, el que se ocupa del almacén de objetos requisados, y me pasó una jaula que alguien usó para abrirle la cabeza a otro y el juez nunca requirió. Así que ahora luce sobre mi mesa contraviniendo varias ordenanzas municipales sobre tenencia de animales vivos en dependencias públicas. Me importa poco: si a alguien

le molesta, que me denuncie a la Policía. Ya me ocuparé después de traspapelar el expediente.

Marc entra en la oficina y se sienta a mi lado.

—Llegas tarde —digo.

—Lo sé, lo sé. Había un atasco asqueroso. Daban ganas de poner la guinda y salir pitando. ¿Eso es un pájaro?

Marc Fons, treinta y un años, seis de ellos en la policía. Estuvo infiltrado entre neonazis del Atlético de Madrid casi nueve meses. Consumió porros con el permiso tácito del Estado y hasta algunas rayas. Cuando los más viejos del lugar empezaron a sospechar de aquel chaval de metro noventa con músculos de gimnasio, tocó sacarlo de allí. Gracias a su trabajo se dismanteló una banda de butroneros y se descabezó una célula de extrema derecha. Se convirtió en el héroe de la semana. Incluso le propusieron escribir un libro, pero el Fonsi es demasiado bruto incluso para ordenar sus propios pensamientos. Después de aquello le tuvieron que alejar de la capital para evitar posibles represalias. Eligió como destino Alicante, una ciudad que esperaba tranquila y soleada pero que encontró artificial y corrupta. Desde hace dos años es mi compañero, lo cual es una suerte, ya que no discute que yo soy el cerebro y él, la fuerza. Su lema es «una patada en la cabeza es como dar cabezazos a los pies».

—¿Qué tenemos esta mañana, Antonio? —pregunta.

—Papeleo de ayer —cuento los expedientes—. Siete casos. Voy por el tercero. De momento, violencia conyugal y una violación, ambas con fiambre.

—Pero oye, en serio, ¿eso es un pájaro?

—Se llama IkerCasillas.

—Es un nombre de mierda.

—Lo mismo se lo cambio.

—¿Y qué hace aquí?

—Hoy casi me lo cargo.

—No sabía que tuvieras sentimientos.

—Eso es falso: a veces siento frío y otras, siento calor.

—Claro, pero esto es... no sé... ¿humanidad?

—Le quise rematar con una piedra, pero me sobornó

para que no lo hiciera. Creo que me confundió con un guardia civil, pero me gustó su carácter y lo adopté.

—Vamos, que tienes conciencia y todo. Joder, ¡qué bien lo has disimulado todo este tiempo!

—Mentir es barato.

—Hablando de mentirosos, ¿no era hoy cuando te tocaba la revisión con el loquero?

—Cállate.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Más bien qué le he dicho yo. —Cierro la carpeta de cartón—. Se me fue la pinza, Marc. No sé en qué estaba pensando. Me puse hecho un bruto delante de un psiquiatra.

—Joder, Antonio.

—El doctor Cortés va a hacer la vista gorda. Tengo que volver la semana que viene.

—Tú contéstale a todo como si estuvieras en el ejército. «Sí, señor; no, señor, lo que usted ordene, señor»... Si te dice que hagas flexiones, tú le respondes sí con los nudillos o con el cipote. Así pasé las pruebas mentales para lo del Atlético. El primero entre cinco aspirantes que cumplían con los requisitos.

—Me lo has contado mil veces, Marc.

—Bueno, pues vamos a hacer una cosa. Yo me ocupo de los papeles y tú te tomas un carajillo bien cargado y te fumas un pito, ¿vale?

—¿Pero es que de repente sabes leer o qué? —me burlo.

—Me compro cada mes la *Playboy* y a veces incluso miro las letras, señor inspector.

Me dedica un saludo marcial. Yo me estiro en la silla y me incorporo con cansancio. Alrededor todo es jaleo. Al fondo se observa la cola de idiotas que esperan para renovar el DNI justo al lado de los ilegales que aspiran a regularizar su situación. Algunos compañeros tienen muy clara su vocación de funcionario y curran lo menos posible y, si les miras fijamente, te das cuenta de que incluso caminan hacia atrás. Martínez grita por el teléfono y después se pone rojo y asiente con la cabeza pese a que su interlocutor no le pueda ver. El tablón de anuncios enseña a

los más buscados de ETA junto al listado de seleccionados para jugar el partidillo contra los civiles y de un aviso de paso de autoridades.

La puerta del comisario está abierta. Me asomo por el quicio, pero el jefe no está en casa. El despacho luce decorado con todas las menciones y premios que ha recibido la comisaría. Sin embargo, no hay una sola foto de su familia. El tío es un auténtico megalómano esquizofrénico y cree que si alguien reconoce el retrato de su mujer o sus hijos podrían surgir problemas. Los trileros no tienen nada mejor que hacer que ir a husmear en la entrepierna de la mujer del mandamás. En la plantilla sospechamos que lo que intenta evitar es que nos la casquemos en los aseos pensando en los pechos siliconados de su señora, aunque en realidad ya es demasiado tarde. Diablos: machacármela pensando en ella es lo más parecido a mear en la cara del jefe que voy a hacer nunca.

La cafetera de la comisaría está conectada a una tubería de aguas fecales, que le da el sabor al cortado, o eso dedujo nuestro mejor detective. Coloco el vaso y agarro una cucharilla de plástico. Martínez se desliza a mi lado con la habilidad de una víbora en celo.

—¿Te has enterado, Ramos?

Es una de esas personas que comienza las conversaciones con preguntas de las que solo él conoce la respuesta. Al principio le solía responder con «no, dime». Ahora le ignoro y espero que mi silencio sea lo bastante elocuente para que siga hablando.

—El Zorro está en la ciudad.

—¿El actor?

—Como lo oyes. Han llamado del Hotel Meliá para que le pusiéramos una escolta. Joder, ni que fuera el Ministro de Cultura. Les he dicho que el Cuerpo no está para hostias. Si se le acercan un par de chavalas salidas, lo mejor que puede hacer es tirárselas.

—Ese tío es un capullo, pero a mi hija le gusta.

—Pues pídele un autógrafo.

—¿Y qué coño hace en Alicante? ¿Se ha cansado de las *groupies* de Hollywood?

—Está buscando localizaciones para su nueva película. La va a rodar en los estudios de La Ciudad de la Luz. Creo que ahora le ha dado por dirigir, ¿sabes?

—Mejor. —Brindo con mi vaso de plástico—. Como actor daba pena.

Arrastro el café hasta la calle, junto a desgraciados que llevan durmiendo durante días a la espera de un papel que nunca les llegará. No sé quién crea esos falsos rumores, pero los senegaleses están bien convencidos.

Enciendo un cigarro. El ruido del tráfico resuena en mi cabeza cuando veo aparecer a Pilar Hurtado. Es la roja de la comisaría, así como suena. No sé cómo una persona con sus ideales puede dedicarse a luchar contra el crimen. El 90% de los compañeros tienen muy claro de qué parte de la justicia están. Yo solo pienso en mí, soy del Partido Nihilista. Daremos la sorpresa en las próximas elecciones.

—No te encontraba —dice.

—Ya te lo dije la última vez, cariño. Tienes que olvidarme, soy un hombre casado.

Una noche se apuntó a una fiesta con otros compañeros. Acabó tan borracha como yo y, diablos, eso de que los polos opuestos se atraen es cierto. Cuando recuperé la razón, me estaba trabajando su intersección. Desde entonces le recuerdo su desliz cada vez que puedo. Ella, «la Gran Feminista», está tan avergonzada que jamás dirá media palabra a nadie y, por qué no reconocerlo, me gusta verla cabreada.

—Ignoraré ese último comentario. —Le suben los colores, como decía mi abuela—. Hemos recibido un aviso. Un crío flotando en el puerto.

—Ocúpate tú.

—Dios, eres tan... obtuso. —Me planta un par de folios en la cara—. Le han identificado como Nelson Chávez. Creo que es uno de tus confidentes.

Trato de poner cara de póquer, pero es inútil. Tiro la colilla al suelo y miro la hoja manuscrita. Una foto de Nelsoninho corona el documento.

—Yo me encargo —susurro.

—De nada, capullo. —Y se aleja.